

EL TRADUCTOR, EL POETA, EL AMIGO GUILLERMO FERNÁNDEZ

Arturo Trejo Villafuerte*

Para Josefina, por su amor

Resumen

En este artículo se comenta sobre la idea de amistad que tenía el autor, quien era, sobre todo, amigo de sus amigos, según él mismo lo alardeaba. De igual manera se señala el trabajo de Fernández en torno a su obra poética y que, sin demérito de ella, se echó a costas la titánica labor de traducir a muchos autores italianos, algunos de ellos muy queridos por él mismo. De la misma manera, se manifiesta esa extrañeza de saber que un amigo tan estimado, haya sufrido una muerte vil y que nadie de quienes lo querían se pudo imaginar.

Abstract

This article comments over the idea that the author had about friendship, who was primarily a friend of his friends, as he himself boasted. On the same work, is mentioned the work from Fernandez around his poetry work and that, without detriment to it, began to pull the titanic task of translating many Italian authors, some of them very valued for him. Additionally it is manifested, that strangeness of knowing that a friend so dear, has suffered a vile death that anyone who loved him could imagine.

Palabras clave/Key words: amistad, obra poética, traducción / friendship, poetry work, translation.

Hay hombres que tienen una función en la vida y la cumplen, son buenos; pero hay otros que aparte de esa función acometen otras, son los mejores. Y ese sería el caso de Guillermo Fernán-

* Profesor investigador de la Universidad Autónoma Chapingo.

dez (Guadalajara, Jal., 2 de octubre de 1932, ciudad de México, 2011) que con su sola obra poética acaso ya hubiera cumplido con su función, pero aparte se echó a cuestras la tarea de traducir a Eugenio Montale, Giuseppe Ungaretti, Mario Luzi, Cesare Pavese y otros tantos más del italiano, un idioma que aprendió empírica y después académicamente y que amó con todo su corazón.

Cierto, se puede pensar que su obra no fue vasta sino parca: entre sus tantos libros publicados se encuentran *Visitaciones* (1964), *La palabra a solas* (1965), *La hora y el sitio* (Ediciones Libros escogidos, 1973), *El reino de los ojos* (1983), *El asidero en la zozobra* (antología, 1983), *Bajo llave* (1983) e *Imágenes para una piedad* (1991), entre otros, pero sabemos que en la literatura la cantidad no es cualidad y siempre es necesario citar a Juan Rulfo y a Alí Chumacero, quienes con sendos libros nos dejan una obra deslumbrante.

La primera vez que oí su nombre fue en una charla con Gustavo Sáinz, en 1974, en la Facultad de Ciencias Política y Sociales de la UNAM, quien nos pidió que fuéramos a la librería de Polo Duarte, “Libros Escogidos”, en Avenida Hidalgo No. 81 y adquiriéramos el libro de poemas de Guillermo, titulado *La hora y el sitio*, cosa que hicimos y que nos llevó a conocer la deslumbrante librería de Duarte donde, de verdad, había “libros escogidos”, pero algo más: que a un lado de la librería estaba una cantina ya famosa para nosotros, “El golfo de México”, porque sabíamos que ahí se reunían un grupo de escritores de los que ya habíamos oído hablar: los de “La Onda”, sobre todo Gerardo de la Torre y René Avilés Fabila, además de Xorge del Campo, Manuel Blanco, Humberto Musacchio, Jesús Luis Benítez y varios más.

Nos gustó mucho *La hora y el sitio* desde su portada, edición y presencia editorial y, obvio, el contenido. Guillermo era un poeta muy concreto y singular que en nada se parecía a José Carlos Becerra, que leíamos en esos instantes, ni a Alejandro Aura, ni Jaime Reyes, ni Marco Antonio Montes de Oca, ni a Tomás Segovia, aunque tiempo después conoceríamos y leeríamos a varios poetas que sí tenían rasgos comunes—la ironía, el humor, el desenfado, el desparpajo, el coloquialismo— que al principio catalogamos como “poetas publicistas”, porque la mayoría trabajaban en agencias publicitarias: Raúl Renán, Carlos Isla, Francisco Cervantes, Francisco Hernández, Antonio Castañeda y Miguel Flores Ramírez.

En 1975, mientras el Taller de Poesía Sintética publicaba la revista *Sitios* y trabajaba en su primer libro colectivo titulado *Doce modos*, con la poeta argentina Elena Jordana y la periodista Estela

Calloni, que las malas lenguas de la FCPys transformaron en *Doce motos*, Gustavo Saínz nos dio una buena noticia: había concertado una reunión con los integrantes de una editorial, en ese entonces llamadas “marginales” de nombre “La Máquina Eléctrica” y, en efecto, una tarde de esas llegaron a nuestra Escuela ese grupo de poetas. Leímos poemas, nos caímos bien y se congratularon ellos de conocernos y nosotros más, porque varios de ellos ya tenían obras publicadas y una vasta experiencia en el mundo editorial. Nos sorprendió saber que se reunían en un café “El alto”, ubicado en la colonia Roma en la esquina de Insurgentes y Bajío, cuando nosotros los juntábamos en una cantina “La Noche Buena”, Luis Moya e Independencia, en el centro de la capital.

Y entonces quedamos de vernos en el café “El Alto” –qué degenerados– al cual asistimos asiduamente a lo largo de casi 10 años y en donde todos los sábados había un libro, un periódico o una revista nueva, alguna novedad. Las mesas en muchas ocasiones eran de hasta veinte o treinta contertulios, entre quienes llegaban Salvador Mendiola y “La Negra”, Marcos Kurwitz, Carlos Nieto, el matemático Víctor Neumann, Roberto López Moreno, Rafael Alcérreca, Jorge Eduardo Moshes, Javier Sologuren, Daniel Sada, Eduardo Suárez del Real y María Luisa, Manuel Mejía Valera, el gran poeta y traductor rumano Darie Novaceanu, Ernesto Trejo, Luis Eduardo Rivero y Pola Weiss, Sandro Cohen y, claro, el Taller de Poesía Sintética de la FCPys a veces en pleno: Víctor M. Navarro, Rafael Vargas, Roberto Diego Ortega, Javier Córdova, Joel Piedra y quien esto escribe. Además, de vez en vez, llegaba Luis Alberto Navarro, Vicente Quirarte, Jorge Esquinca, Javier Molina y otros tantos más.

Pero quienes nunca faltaban a la tertulia eran Raul Renán y Guillermo Fernández, cuando se encontraba en México, porque tuvo varias salidas a Florencia y Roma. Tuve la fortuna de contar con la confianza del segundo y cuando íbamos a su departamento de la calle de Chiapas, donde tenía un separado igual al de las loncherías de barrio, donde se vende tepache y tacos dorados de pollo y carne deshebrada de res. En ese departamento, en el tercer piso, se organizaban las tertulias los sábados en la tarde. ¡Ah, ser joven y ser soltero! Ahí pasábamos largas y calurosas tardes oyendo de entrada a los clásicos: Brahms, Bach, Wagner, entre otros y luego pasar a un clásico de la balada romántica latinoamericanas: Leo Dan. Muchas veces también veíamos los partidos de fútbol, sobre todo si jugaba el Guadalajara, equipo de todos los amores de Guillermo, donde además jugó una o dos temporadas. Ahí también nos habló de sus via-

jes como marinero y muchas aventuras más. Nuestros maestros chilenos y argentinos nos enseñaron a tomar vino, pero con Guillermo se hizo casi un ritual, sobre todo cuando se conseguían algunas botellas de un buen vino italiano –él fue quien me ofreció por primera vez el vino de la marca Riunite, que hasta la fecha sigue siendo uno de mis favoritos–.

En uno de sus viajes a Europa, cuando era director de Difusión Cultural Hugo Gutiérrez Vega, quien fue nuestro maestro de Periodismo y Literatura en la Facultad, la UNAM quedó en enviarle dinero para que tradujera textos para la Revista de la UNAM, pero dejaron de mandárselo y Guillermo le habló a Renán, quien nos avisó a todos y fuimos al décimo piso de Rectoría a exigirle al funcionario que se le mandaran sus estipendios al poeta en Italia. Hicimos un buen escándalo, la verdad, y el dinero volvió a llegar a Guillermo.

Muchos años después, cuando vivía en La Casa de las Brujas –llamada así por la curandera Pachita, quien vivía en la planta baja de ese edificio ubicado en la Plaza Río de Janeiro entre Durango y Orizaba–, su departamento se volvió embajada de México en México y ahí llegaron a disfrutar de los tragos y las botanas hasta “Los Infrarrealistas” –Mario Santiago, José Peguero, Lupita, Bruno Montané y el ahora mitificado Roberto Bolaño–. A su departamento también llegaba Vicente Quirarte, Javier Córdova, Rafael Vargas, Mario del Valle y Sergio Pitol –lo recuerdo pidiendo un vaso de vodka una noche– quienes eran sus vecinos.

En las charlas con Guillermo supimos de su amistad con Carlos Pellicer y de cómo un día, como no había botana, le tuvo que ofrecer al maestro la comida para sus gatos y el tropical insobornable, ya con unos tragos encima, estuvo feliz.

Conocíamos a varios de sus amigos cariñosos, sobre todo a un árabe-italiano joven y muy guapo, luego llegó José, de quien decía Guillermo que era un “Auténtico príncipe oaxaqueño”. Una vez, entrando a La Casa de las Brujas, Vicente Quirarte y yo, vimos a Guillermo aplaudiendo entusiasmado y frente a él a dos sujetos maniobrando con un sofá pesado y grande. Vicente comentó: “Qué hábiles y diestros para cargar, verdad”, pensando que por eso aplaudía el poeta y éste contestó: “Le aplaudo a dios, porque existen hombres así: auténticos príncipes oaxaqueños”, los cuales eran su perdición.

Beber con él era hablar de fútbol, de música y muy ocasionalmente de literatura. Tuvo muchos errores y uno de ellos luego lo reconoció: apoyar a un neosonetista muy malo pero que fue muy bueno para colocarse y que, desde ese entonces, ha vivido de la

literatura. “Mira gordo”, decía, y era el momento de las cuitas, de las confesiones, de los momentos en que el poeta Fernández se sinceraba.

La última vez que estuve en su casa de Toluca, compartimos el vino y el espagueti con el poeta “non” Ricardo Castillo –quien también jugó en el Atlas–. Nos reímos, oímos música, charlamos, hablamos mal de pocos y bien de muchos y salimos de ahí a las siete de la mañana, cuando los niños ya iban rumbo a las escuelas.

Nunca tendremos con qué pagarle el mundo, el universo que nos ofreció con sus traducciones de poetas italianos de todos los tiempos que se publicaron bajo el sello de la UNAM, sobre todo con los “Materiales de Lectura” y de Difusión Cultural de la UAM.

Nadie merece una muerte así y muchos menos este gran traductor, poeta, amigo que fue y es y será Guillermo Fernández.

Chapingo, Iztapalapa, Bondonjito,
12 de noviembre de 2012